

Lérida había la segunda vez contribuido á repeler en el Bruch á los franceses. Desde allí enviaban partidas sueltas que recorrian la tierra en todas direcciones. Incomodado Duhesme de verse así estrechado, envió contra ellos al general Lechi, quien el 30 de junio obligó á los somatenes á abandonar su posicion cogiéndoles algunos cañones y aventajándose á todos los suyos en cometer demasías. No por eso desmayaron los vencidos, apareciéndose en breve hasta en las cercanías de la misma Barcelona.

Marat.

Por este término y con éxito vario se ejecutaron las órdenes de Napoleon en Cataluña, Aragón y Castilla. Fueron parecidas las que significó para las otras provincias al gran duque de Berg, cuya solícita diligencia procuró aniquilar en derredor suyo la semilla insurreccional que brotaba con lozanía. Insinuamos ántes varias de sus providencias, y las que de consuno con la junta de Madrid se habían tomado para cortar las conmociones sin tener que venir á las manos. Inútiles fueron sus esfuerzos, como lo serán siempre todos los que se dirijan á contener por la persuasion el levantamiento de una nacion entera. No le pesó quizá á Murat, á cuyo gusto y anterior vida se acomodaban mas las armas que los discursos. Así fué que á veces á un tiempo y otras muy de cerca, mandó que sus tropas acompañasen ó siguiesen á las proclamas y exhortaciones de la junta. Consideró como de mayor importancia las Andalucías y Valencia, y de consiguiente trató ante todo de asegurarse de aque-

llas provincias, mayormente habiendo dado Sevilla ya en primeros de mayo muestras de desasosiego y grave alteracion.

Dupont acantonado en Toledo recibió la orden de dirigirse á Cádiz, y el 24 del mismo mayo se puso en marcha. Llevaba consigo los dos regimientos suizos de Reding y Preux al servicio de España, la division de infantería del general Barbou compuesta de 6000 homhres y ademas 500 marinos de la guardia imperial, con 3000 caballos mandados por el general Fresia. Iban todos tan confiados en el buen éxito de su empresa, que Dupont señalaba de antemano al ministro de Guerra de Francia el dia que habia de entrar en Cádiz. Atravesaron la Mancha tranquilamente, y en tal abundancia hallaban los mantenimientos, que dejaron almacenados en el pósito de Santa Cruz de Mudela la galleta y víveres que á prevencion traian, y de los que pocos dias despues se apoderaron aquellos vecinos, cogiendo tambien parte de los soldados que los custodiaban y matando otros. El 2 de junio penetraron los franceses por las estrechuras de Sieramorena. Hasta allí, si bien habian notado inquietud y desvío en los habitantes, ningun síntoma grave se habia manifestado. En la Carolina se despertó su recelo viéndola sola y desierta; y al entrar en Andújar supieron el levantamiento general de Sevilla y la formacion de una junta suprema. No por eso suspendieron su marcha, llegando al amanecer del 7 delante del puente de Alcolea. Don Pedro

Envia á
Dupont á An-
dalucía.

Agustin de Echávarri, oficial de cierto arrojo, pero ignorante en el arte de la guerra, y á quien vimos al frente de la insurreccion cordobesa, se habia situado en aquel parage. Tenia á sus órdenes 3000 hombres de línea, compuestos de parte de un batallón de Campo-mayor, de soldados de varios regimientos provinciales con granaderos de los mismos, á los que se agregaba alguna caballería y un destacamento de suizos. No habia entre ellos cuerpo completo que estuviese presente. El número de paisanos era mas considerable, y habíase de Sevilla recibido bastante artillería. Los españoles levantando una cabeza de puente, habian colocado en ella doce cañones para impedir el paso de Guadalquivir y cubrir así la ciudad de Córdoba, puesta á su márgen derecha y distante unas tres leguas de las ventas de Alcolea. El puente es largo y torcido, formando un ángulo ó recodo que estorba el que por él se enfilen los fuegos de cañon. A la izquierda del rio se habia quedado la caballería española con intento de acometer á los enemigos por el flanco y espalda, al tiempo que estos comenzasen el ataque de frente. Los franceses para desembarazarse trataron de dar á aquella una vigorosa carga, la cual repetida contuvo á los ginetes españoles sin lograr desbaratarlos. A poco la infanteria francesa avanzó al puente. Los fuegos bien dirigidos de la obra de campaña recién construida, y sostenida tambien valerosamente por el oficial Lasala que mandaba á los de Campo-mayor y granaderos pro-

Accion de
Alcolea.

vinciales, mantuvieron por algun tiempo con firmeza la posicion atacada. Pero el paisanage todavia no fogueado, desamparando á la tropa, facilitó á los franceses escalar la posicion, que levantada de prisa ni era perfecta ni estaba del todo concluida. Sin embargo, la caballería española no habiendo caido en desmayo, trató de favorecer á los suyos, y de nuevo y con ventaja acometió á la francesa. Dupont teniendo que enviar una brigada al socorro de su gente, no prosiguió el alcance contra los infantes españoles, los que retirándose con orden, solo perdieron un cañon, cuya cureña se habia descompuesto. El reencuentro duró dos horas. Costó á los franceses 200 hombres, no mas á los españoles por haberse retirado tranquilamente. Echávarri juzgando que no era posible defender á Córdoba, abandonó la ciudad sin detenerse en sus muros.

Llegaron á su vista los franceses á la tres de la tarde del mismo dia 7 de junio. Habian los vecinos cerrado las puertas, mas bien para capitular que para defenderse. Entabláronse sobre ello pláticas, cuando con pretexto de unos tiros disparados de las torres del muro y de una casa inmediata, apuntaron los enemigos sus cañones contra la Puerta-nueva, hundiéndola á poco rato y sin grande esfuerzo. Metiéronse pues dentro, hiriendo, matando y persiguiendo á cuantos encontraban: saquearon las casas y los templos, y hasta el humilde asilo del pobre y desvalido habitante. La célebre catedral, la antigua mezquita de los árabes, rival en su tiempo en

Saco de Cór-
doba.

santidad de Medina y la Meca, y tan superior en magnificencia, esplendidez y riqueza, fué presa de la insaciable y destructora rapacidad del extranjero. Destruídos quedaron entónces los conventos del Carmen, San Juan de Dios y Terceros, sirviéndoles de infame lupanar la iglesia de Fuensanta y otros sitios no ménos reverenciados de los naturales. Grande fué el destrozo de Córdoba, muchas las preciosidades robadas en su recinto. Ciudad de 40,000 almas, opulenta de suyo y con templos en que habia acumulado mucha plata y joyas la devoción de los fieles, fué gran cebo á la codicia de los invasores. De los solos depósitos de tesorería y consolidación, sacó el general Dupont mas de 10.000,000 de reales, sin contar con otros muchos de arcas públicas y robos hechos á particulares. Así se entregó al pillage una poblacion que no habia ofrecido ni intentado resistencia. Bajo fingidos motivos á fuego y sangre penetraron los franceses por sus calles, á la misma sazón que se confesenciaba. Y no satisfechos con la ruina y desolación causada, acabaron de oprimir á los desdichados moradores, gravándolos con imposiciones muy pesadas. Mas tan injusto y atroz trato, alcanzó en breve el merecido galardón, siendo quizá la principal causa de la pérdida posterior del ejército de Dupont, el codicioso anhelo de conservar los bienes mal adquiridos en el saco de aquella ciudad.

A pesar del triunfo conseguido, el general frances andaba inquieto. Sus fuerzas no eran numerosas.

La insurrección de todas partes le cercaba: con instancia pedia auxilios á Madrid, cuyas comunicaciones, ya ántes interrumpidas, fueron al último de todo cortadas. A su propia retaguardia el 9 de junio partidas de paisanos entraron en Andújar, y alborotada por la noche la ciudad, hicieron prisionero el destacamento frances allí apostado, y mataron al comandante con otros tres de su guardia que quisieron resistirse en casa de Don Juan de Salazar. Molestó sobre todo al enemigo Don Juan de la Torre, alcalde de Montoro, que á sus expensas habia levantado un cuerpo considerable; mas cogido por sorpresa, debió la vida á la generosa intercesión del general Fresia, á quien habia ántes hospedado y obsequiado en su casa. En el puerto del rey apresaron los naturales al abrigo de aquellas fraguras varios convoyes: y como en la comarca se habia esparcido la voz de lo acaecido en Córdoba, hubo ocasión en que so color de desquite se ensañó el paisanage contra los prisioneros con exquisita crueldad. Fué una de sus víctimas el general René, á quien cogieron y mataron estando ántes herido: lamentable suceso, pero desgraciadamente inevitable consecuencia de los desmanes cometidos en Córdoba y otros parages por el extranjero. Pues que, si en efecto era difícil contener en una guerra de aquella clase al soldado de una nacion culta como la Francia y sometido á la dura disciplina militar, cuánto no debia serlo reprimir los excesos del cultivador español, que ciego en su venganza y sin fre-

Situación angustada de los franceses. Excesos de los paisanos españoles.

no que le contuviere, veía talados sus campos y quemados los pacíficos hogares de sus antepasados por los mismos que poco ántes preciábanse de ser amigos. Había corrido el alboroto de la Sierra hasta la Mancha, y el 5 de junio los vecinos de Santa Cruz de Mudela, arremetiéndolo á unos 400 franceses que había en el pueblo y matando á muchos, obligaron á los demás á fugarse camino de Valdepeñas. En esta villa opusieron los naturales al paso de los enemigos, y estos para esquivar un duro choque, echando por fuera de la población tomaron después el camino real, aguardando á un cuarto de legua en el sitio apellidado de la Aguzadera á ser reforzados. No tardó en efecto en llegar en el mismo día, que era el 6 de junio, el general Liger-Belair, procedente de Manzanares con 600 caballos, é incorporados todos revolviéron sobre Valdepeñas.

Resistencia de
Valdepeñas.

Los moradores de esta villa alentados con la anterior retirada de los franceses, y temiendo también que quisiesen vengar aquella ofensa, resolvieron impedir la entrada. Es Valdepeñas población rica de 3000 vecinos, asentada en los llanos de la Mancha, y á la que dan celebridad sus afamados vinos. Atraviésala por medio la calle llamada Real, tránsito de los que viajan de Castilla á Andalucía, y la cual tiene de largo cerca de un cuarto de legua. Aprovechándose de su extensión, dispusieronla los habitantes de modo que en ella se entorpeciese la marcha de los franceses. La cubrieron con arena, esparciendo debajo clavos y agudos hierros; de tre-

cho en trecho y disimuladamente ataron maromas á las rejas, cerraron y atrancaron las puertas de las casas, y embarazaron las callejuelas que salían á la principal avenida. No contentos con resistir detras de las paredes, osaron en número de mas de 1000 ponerse en fila á la orilla del pueblo. Pero viendo lo numeroso de la caballería enemiga, después de algun tiroteo se agacharon en lo interior, pertrechados de armas y medios ofensivos.

Los franceses al aproximarse enviaron por delante una descubierta, la cual, según su costumbre, con paso acelerado se adelantó al pueblo. Penetró, y muy luego los caballos tropezando y cayendo unos sobre otros, miserablemente arrojaron á los ginetes. Entónces de todas partes llovieron sobre los derribados tiros, pedradas, ladrillazos, atormentando también sus carnes con agua y aceite hirviendo. Quisieron otros proteger á los primeros, y cúpoles igual y malhadado fin. Irritado Liger-Belair con aquel contratiempo, entró la villa por los costados incendiando las casas y destrozándolas. Pasaron de ochenta las que se quemaron, y muchas personas fueron degolladas hasta en los campos y las cuevas. Habían los enemigos perdido ya mas de 100 hombres, al paso que la villa se arruinaba y se hundía. Conmovidos de ello y recelosos de su propia suerte, varios vecinos principales resolvieron, yendo á su cabeza el alcalde mayor Don Francisco María Osorio, avistarse con el general Liger-Belair, quien temeroso también de la raina de los suyos, escuchó

las proposiciones, convino en ellas, y saliendo todos juntos con una divisa blanca, pusieron de consuno término á la matanza. Mas la contienda habia sido tan reñida, que los franceses escarmentados no se atrevieron á ir adelante, y juzgaron prudente retroceder á Madrilejos.

Retrase Dupont á Andújar.

Dupont aislado, sin noticia de lo que á la otra parte de los montes pasaba, aturrido con lo que de cerca veia, pensó en retirarse; y el 16 de junio saliendo por la tarde de Córdoba se encaminó á Andújar, en donde tomó posesion el 19. Desde aquel punto con objeto de abastecer á su gente, y deseo de no abandonar el terreno sin castigar á Jaen, á la cual se achacaba haber participado del alboroto y muerte del comandante frances de Andújar, envió allí el 20 al oficial Baste con la suficiente fuerza. Entraron los enemigos en la ciudad sin hallar oposición, y con todo la pillaron y maltrataron horrosamente. Degollaron hasta niños y viejos, ejerciendo aervas crueldades contra religiosos enfermos de los conventos de Santo Domingo y S. Agustín: tal fué el último, notable y fiero hecho cometido por los franceses en Andalucía, ántes de rendirse á las huestes españolas.

Saqueo de Jaen.

Expedicion de Moncey contra Valencia.

Casi al propio tiempo determinó Murat enviar tambien una expedicion contra Valencia. Mandábala el mariscal Moncey y se componia de 8000 hombres de tropa francesa, á los que debian reunirse guardias españolas, walonas y de Corps. Mas todos estos en su mayor parte se desbandaron pasando por

atajos y trochas del lado de sus compatriotas. Moncey salió de Madrid el 4 de junio y llegó á Cuenca el 11. Deteniéndose algunos dias, disgustóse Murat, y despachó para aguijarle al general de caballería Excelmans con otros muchos oficiales, quienes arrestados en Saelices y conducidos prisioneros á Valencia, terminaron su comision de un modo muy diverso del que esperaban. En Cuenca fueron recibidos los franceses con tibieza, mas no hostilmente. Prosiguiendo su marcha, hallaron por lo general los pueblos desamparados, pronóstico que vaticinaba la resistencia con que iban á tropezar.

La junta de Valencia habia en tanto adoptado las medidas vigorosas de defensa que la premura del tiempo le permitia. Recreciéronse al oír que Moncey se aproximaba del lado de Cuenca, y se dieron nuevas órdenes é instrucciones al mariscal de campo Don Pedro Adorno, á cuyo mando, como ya dijimos, se habian confiado las tropas apostadas en los desfiladeros de las Cabrillas, á donde el enemigo se dirigia. Lo mas de la gente era nueva é indisciplinada, y por eso convenia aprovecharse de las ventajas que ofreciese el terreno. Tratóse pues de disputar primeramente á los franceses el paso del Gabriel en el puente Pajazo, en donde remata la cuesta de Contreras, y en cuya cabeza construyeron los españoles una mala batería de cuatro cañones, sostenida por un trozo de un regimiento suizo, colocándose la otra tropa en diferentes puntos de dicha cuesta. Detuviéronse los franceses, hasta que

Reencuentro del puente Pajazo.

á duras penas por los malos senderos y escabrosidades, acercaron casi á la rastra unos cañones. Con su auxilio el 20 rompieron el fuego, y vadeando unos el rio, y otros acometiendo de frente, se apoderaron de la batería española, habiendo habido muchos de los suizos que se les pasaron. Los nuevos reclutas que nunca habian sido fogueados, abandonados por aquellos veteranos, no tardaron en dispersarse, replegándose parte de ellos con algunos soldados españoles á las Cabrillas.

Cundió la nueva de la derrota, súpola la junta de Valencia, y grande fué la consternacion y el sobresalto. En tamaño apuro envié al ejército en comision á su vocal el P. Rico, ó ya quisiesen vengarse así algunos del estrecho en que los habia metido, ó ya tambien porque gozando de suma popularidad, pensaron otros que era aquel el modo mas propio de calmar la pública agitacion y alejar la desconfianza. Obedeció Rico, y el 23 por la noche

De las Cabri-
llas.

llegó á las Cabrillas ocho leguas de Valencia, y cuyos montes parten término con Castilla. Habíanse recogido á sus cumbres los dispersos del Cabriel, y allí se encontró el P. Rico con 180 hombres del regimiento de Saboya, mandados por el capitán Gamindez, con tres cuerpos de nueva creacion, algunos caballos y artilleros que habian conservado dos cañones y un obus, componiendo en todo cerca de 3000 hombres. Eran contados los oficiales veteranos, siendo el de mayor graduacion el brigadier Marimon, de guardias españolas. Ig-

norábase el paradero de Adorno. Reunidas todas aquellas reliquias, se colocaron en situacion ventajosa á espaldas y á legua y media del pueblo de Siete-Aguas, hasta cuyas casas enviaban sus descubiertas. Gamindez mandó el centro, la izquierda Marimon, y colocáronse guerrillas sueltas por la derecha. El 24 avanzaron los franceses, y los nuestros favorecidos de tierra tan quebrada los molestaron bastantemente. Impacientado Moncey, destacó por su izquierda y del lado de la sierra de los Ajos al general Arizpe con bascos acostumbrados á trepar por las asperezas del Pirineo. Encaramáronse pues á pesar de escabrosidades y derrumbaderos, y arrollando á las guerrillas, facilitaron el ataque de frente. Defendiéronse bien los de Saboya, quedando los mas de ellos y los artilleros muertos junto á los cañones, y prisionero con otros su comandante Gamindez. Lo restante de la gente bisoña huyó precipitadamente. La pérdida de los españoles fué de 600 hombres, muy inferior á la de los contrarios. El mariscal Moncey al instante traspasó la sierra por el portillo de las Cabrillas, desde donde registrándose las ricas y frondosas campiñas de la huerta de Valencia, se encendió la ansiosa codicia de sus fatigados soldados. Si entonces hubiera proseguido su marcha, fácilmente se hubiera enseñoreado de la ciudad; pero obligado á detenerse el 25 en la venta de Buñol para aguardar la artillería, y queriendo adelantarse cautelosamente, dió tiempo á que Rico volviendo á Valencia al rayar el alba de

aquel mismo dia, apellidase guerra dentro de sus muros.

Preparativos
de defensa en
Valencia.

Está asentada Valencia á la derecha del Guadalaviar ó Turia, 100,000 almas forman su poblacion, excediendo de 60,000 las que habitan en los lugares, casas de campo y alquerías de sus deliciosas vegas. Ceñida de un muro antiguo de mampostería con una mala ciudadela, no podia ofrecer al enemigo larga y ordenada resistencia, si militarmente hubiera de haberse considerado su defensa. Mas á la voz de la desgracia de las Cabrillas, en lugar de abatirse, creciendo el entusiasmo al mas subido punto, tomó la junta activas providencias, y los moradores no solo las ejecutaron debidamente, sino que tambien por sí procedieron á dar á los trabajos la amplitud y perfeccion que permitia la brevedad del tiempo. Sin distincion de clase ni de sexo acudieron todos á trabajar en las fortificaciones que se levantaban. En el corto espacio de sesenta horas construyéronse en las puertas baterías con sacos de tierra. En la de Cuarte, como era por donde se aguardaba al enemigo, ademas de dos cañones de á 24, se colocó otro en el primer piso de la torre, abriéndose una zanja ancha y profunda en medio de la calle del arrabal que embocaba la batería. A la derecha de esta puerta y ántes de llegar á la de San José, entre el muro y el rio, se situaron cuatro cañones y dos obuses, impidiendo lo sólido del malecon que se abriese un foso. Dióse á esta obra el nombre de batería de Santa

Catalina, del de una torre ántes demolida y que ocupaba el mismo espacio. Lo expresamos por su importancia en la defensa. Dentro del recinto se cortaron y atajaron las calles, callejuelas y principales avenidas con carros, coches, vigas, calesas y tartanas. Tapáronse las entradas y ventanas de las casas con colchones, mesas, sillas y todo género de muebles, cubriendo por el mismo término y cuidadosamente lo alto de las azoteas ó terrados. Detras de semejantes y tan repentinos atrincheramientos estaban preparados sus dueños con armas arrojadas y de fuego, y aun hubo mugeres que no olvidaron el aceite hirviendo. Afanados todos mutuamente se animaban, habiendo resuelto defender heroicamente sus hogares.

La junta ademas para dilatar el que los franceses se acercasen, trató de formar un campo avanzado á la salida del pueblo de Cuarte, distante una legua de Valencia. Le componian cuerpos de nueva formacion y se habia puesto á las órdenes de D. Felipe Saint-March. Situóse la gente en la ermita de San Onofre á orillas del canal de regadío que atraviesa el camino que va á las Cabrillas. Entretanto Don José Caro, nombrado brigadier al principio de la insurreccion, y que mandaba una division de paisanos en el ejército de Cervellon, ápostado, segun dijimos, en Almansa, corrió apresuradamente al socorro de la capital luego que supo el progreso del enemigo. A su llegada se unió á Saint-March, y juntos dispusieron el modo de contener al

Retriega en
el pueblo de
Cuarte.

mariscal frances. Emboscaron al efecto en los algarrobales, viñedos y olivares que pueblan aquellos contornos, tiradores diestros y esforzados. El cuerpo principal se colocó á espaldas de una batería que enfilaba el camino hondo, por donde era de creer arremetiese la caballería enemiga y cuyo puente se habia cortado. Como los generales habian previsto que al fin tendrían que ceder á la superioridad y pericia francesa, deseosos de que su retirada no causara terror en Valencia, habian pensado, Caro en tirar por la izquierda, y Saint-March pasar el rio por la derecha y situarse en el collado del almacen de pólvora. Pero para verificar, llegado el caso, su movimiento con orden y evitar que dispersos fueran á la ciudad, establecieron á su retaguardia una segunda línea en el pueblo de Cuarte, rompiendo el camino y guarneciendo las casas para su defensa.

Defensa de
Valencia.

A las once de la mañana del dia 27 empezó el fuego, duró hasta las tres, siendo muy vivo durante dos horas. Al fin los franceses cruzaron el canal, y forzaron la primera línea. Caro y Saint-March se retiraron segun habian convenido. Los franceses vencedores iban á perseguirlos, cuando notaron que desde el pueblo de Cuarte se les hacia fuego. Molestados tambien por el continuado de los paisanos metidos en los cañamares de dicho pueblo, no pudieron entrarle hasta las seis de la tarde; huyendo los vecinos al amparo de las acequias, cañaverales y moreras que cubren sus campos. La pérdi-

da fué considerable de ambas partes: la artillería quedó en poder de los franceses.

Avanzó entónces Moncey hasta el huerto de Juliá, media legua de Valencia. Por la noche pasó al capitán general conde de la Conquista un oficio para que rindiese la plaza. Fué portador el coronel Solano. Congregóse la junta, á la que se unieron para deliberar en asunto tan espinoso el ayuntamiento, la nobleza é individuos de todos los gremios. El de la Conquista inclinábase á la entrega, viendo cuán imposible seria resistir con gente allegadiza, y en ciudad, por decirlo así, abierta á enemigos aguerridos. Sostuvo la misma opinion el emisario Solano, y en tanto grado, que se esforzó en probar no habia nada que temer respecto de lo pasado, así por la condicion suave y noble del mariscal frances, como tambien por los vínculos particulares que le enlazaban con los valencianos; lo cual aludia á conocerse en aquel reino familias del nombre de Moncey, y haber quien le conceptuara oriundo de la tierra. Así se discurria acerca de la proposicion, cuando el pueblo advertido de que se negociaba, desafortadamente se agolpó á la sala de sesiones de la junta. Atemorizados los que en su seno buscaban la rendicion, y alentados los de la parcialidad opuesta, no se titubeó en desechar la demanda del enemigo. Y puestos todos sus individuos al frente del mismo pueblo, recorrieron la línea animando y exhortando á la pelea. Con la oportuna resolución

Proposicion
de Moncey pa-
ra que capitule
la ciudad.